

**“EL IMPULSO RELIGIOSO EN EL MUNDO”. LA IDEA DE CREATIVIDAD DE
A. N. WHITEHEAD Y SU SIGNIFICADO FILOSÓFICO-COSMOLÓGICO EN EL
CONTEXTO DE LA CUESTIÓN DEL ORIGEN DEL UNIVERSO**

**“THE RELIGIOUS IMPULSE IN THE WORLD”. THE IDEA OF CREATIVITY IN
A. N. WHITEHEAD AND ITS PHILOSOPHICAL-COSMOLOGICAL MEANING
IN THE CONTEXT OF THE ISSUE OF THE ORIGIN OF THE WORLD**

ANGEL GARRIDO MATURANO (*)



(*)**Prof. Dr. Ángel Enrique Garrido Maturano**, nacido en el año 1964 en Buenos Aires; estudio de filosofía en la Universidad de Buenos Aires y en la Universität Freiburg i.Br. bajo la dirección del Prof. Dr. Dr. em. Bernhard Casper; Doctorado: *Fundamentos, determinación y testimonio de la relación ética en el pensamiento de E. Levinas*, Buenos Aires, 1996; desde 1998 Miembro del Centro de Estudios Filosóficos de la Academia Nacional de Ciencias de Buenos Aires; desde 2000 miembro del comité de doctorado de la UNNE. Ex becario DAAD y Humboldt. Investigador Principal del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) con lugar de trabajo en el Instituto de Investigaciones Geohistóricas de Resistencia, más de 130 publicaciones entre libros, capítulos de libro y revistas científicas de 16 países.

E-mail: hueloypuna@hotmail.com

Resumen

El artículo expone propedéuticamente la noción de creatividad en la metafísica de Whitehead en función de tres objetivos específicos. Primero muestra en qué medida la creatividad constituye un presupuesto filosófico implicado por las cosmologías actuales que intentan explicar el origen del universo. Luego elucida por qué la creatividad puede ser legítimamente presupuesta si se la considera sólo en un sentido estricto, es decir, sin presuponer también otras nociones especulativas del autor como los objetos eternos y Dios. Finalmente precisa en qué sentido incluso la noción estricta de creatividad, sin afirmar el Dios de Whitehead, guarda igualmente un último sentido religioso.

Palabras clave: Whitehead – Creatividad – Universo – Proceso.

Abstract

This article deals in a propaedeutic manner with the notion of creativity in Whitehead's metaphysics in view of three specific purposes. First, it shows the degree in which creativity is a philosophical presupposition implied in current cosmologies that attempt to explain the origin of the universe. Then, it expounds why creativity can be legitimately presupposed only if it is considered in a strict sense, i.e., without also presupposing the other speculative notions of the author as eternal objects and God. Finally, it specifies how even the strict notion of creativity, without advocating Whitehead's God, preserves also an ultimate religious meaning.

Keywords: Whitehead – Creativity – Universe – Process.

INTRODUCCIÓN

No dudo cuando afirmo que Alfred N. Whitehead se halla entre los pensadores más profundos del siglo pasado. Sin embargo, a pesar de su importancia, su filosofía (fuera del ámbito anglosajón) resulta ser poco estudiada¹ y, no rara vez, mal comprendida. A mi modo de ver dos son las dificultades, intrínsecas a su propia obra, que contribuyeron para que esto así fuese. La primera es estilística y se refiere tanto al carácter denso, reiterativo y oscuro de su prosa cuanto a la peculiaridad, por momentos desconcertante, de la terminología que adopta. La segunda es de naturaleza metodológica y mienta la valoración negativa que han sufrido, sobre todo en la segunda mitad del siglo XX, la forma sistemática del pensamiento y el método especulativo, tanto más cuando se trata, como en caso de este autor, de sistemas que pretenden dar cuenta de la totalidad de lo que es y de sus fundamentos últimos. Es así que los términos “sistema metafísico” y “arbitrariedad especulativa” se han vuelto cada vez más y más sinónimos. Aquí haremos caso omiso de estas dificultades y nos concentraremos en elucidar la significatividad filosófico-cosmológica de la noción de creatividad del metafísico inglés sin prejuicios estilísticos ni metodológicos. En lo que al estilo respecta, no es éste, por cierto, el lugar propicio para abrir un juicio sobre la abstrusa terminología técnica de la que se vale el autor, sobre todo en su obra capital, *Proceso y realidad*². Al respecto nos limitaremos a adoptarla, intentando facilitar al eventual lector no especializado la comprensión de algunas expresiones cruciales. En lo que atañe al método, asumiremos como propio su carácter sistemático-especulativo, por lo que nuestras reflexiones habrán de comenzar con una fundamentación de la legitimidad y el alcance de tal método.

¹ Como señala el traductor al alemán de la obra capital del filósofo, resulta sintomático “el hecho de que *Process and Reality* recién después de cincuenta años de la aparición de la versión original inglesa haya sido traducida al alemán”; y también el de que “C. F. von Weizsäcker, uno de los más renombrados filósofos de la naturaleza en el ámbito lingüístico alemán, no sea el único que mantenga una actitud de ignorancia respecto de la cosmología whiteheadiana, que, por cierto, tan cerca estaba respecto de sus propios intereses temáticos.” (HOLL, 1987, p. 630).

² Juzgando precisamente el estilo de Whitehead uno de sus exalumnos, A. H. Johnson, ha escrito lo siguiente: “Según una consideración ampliamente extendida el lenguaje filosófico de Whitehead es ininteligible. Otros van aún más lejos y dicen que su entera filosofía es incomprensible. Un par de inconvencionales confiesan que el lenguaje y la filosofía pueden en principio ser entendidas, pero que Whitehead hubiera estado bien aconsejado, si él se hubiera servido de un lenguaje más simple y, de ese modo, hubiera formulado más claramente sus valiosas ideas.” (JOHNSON, 1952, p. 60). Personalmente me ubico dentro de ese grupo de “inconvencionales”.

Sin duda entre las nociones fundamentales de la metafísica especulativa de Whitehead se halla la de *creatividad*, pues ella representa una suerte de “concepto clave” para acceder a la comprensión del universo propia del filósofo. De allí que la idea de creatividad sea también uno de los temas más revisados en la investigación consagrada a su obra³. El carácter fundamental de la creatividad se debe al hecho de que ella constituye la condición última del ser de todo lo que es en un doble sentido. Por un lado, mienta aquella “categoría de lo último” que hace ser a todo lo que efectivamente es. En este sentido la creatividad es el origen del ser. Por otro, es aquello que le confiere al ser su esencia de *acaecimiento dinámico* y de *proceso teleológico*. En este otro sentido la creatividad es también el fundamento del modo en el que el ser es. Por ello mismo las consideraciones que aquí comienzan se centrarán en la noción de creatividad como concepto clave para comprender la concepción del ser (y, consecuentemente, del universo) en el pensamiento de Whitehead. Sin embargo, no pretendemos hacer una nueva presentación general de la noción en la obra de filósofo, sino que nuestra reconstrucción propedéutica de los trazos esenciales de la idea de creatividad, particularmente en *Process and Reality* y *Modes of Thought*, se realiza en función de tres objetivos específicos. En primer lugar, queremos indicar en qué medida la noción de creatividad constituye un *presupuesto filosófico* implicado ineludiblemente por las principales cosmologías actuales, a saber, aquellas que quieren explicar el origen del universo a partir de la denominada “gran explosión” (*Big Bang*) y de la teoría de la “inflación”. En segundo lugar, aspiramos a mostrar cómo la presuposición de la creatividad en tanto *factor* originario de la constitución del universo puede legitimarse tan sólo en un *sentido estricto*. En otros términos, procuraremos determinar hasta qué punto la legítima presuposición de la noción de creatividad de Whitehead como factor

³ Se podrían citar una infinidad de trabajos dedicados a abordar el tema de la creatividad desde distintos horizontes, sin embargo quiero puntualizar cuatro que me parecen especialmente importantes. Una presentación panorámica en español de la cuestión en la obra de Whitehead se encuentra en OROZ ESCURRA, Javier. “Función de la creatividad en la filosofía de A. N. Whitehead”. *Convivium. Revista de Filosofía de la Universidad de Barcelona*, número 7, 1995, pp. 50-63. De los distintos antecedentes que se encuentran en la obra temprana del autor y que explican la concepción y funciones de la creatividad en *Process and Reality* se ha ocupado CHUN, Chul. *Kreativität und Relativität der Welt beim frühen Whitehead*. Göttingen: Neukirchener, 2010. En cuanto a las relaciones y la diferencia categorial entre Dios y la creatividad es de particular importancia el artículo, aún actual, de HARTSHORNE, Charles. “Whiteheads idea of God”. En: SCHILPP, Paul (ed.). *The philosophy of Alfred North Whitehead*. La Salle: 1991, pp. 515-559. Finalmente el rol metafísico que debe concedérsele a la creatividad y qué concepción religiosa de Dios se puede conjugar con él ha sido específicamente analizado por VAN DER VEKEN, Jan y CLOOTS, Andre. “Creativity as general activity”. En: BOGAARD, Paul y TREASH, Gordon (eds.). *Metaphysics as Foundation: Essays in Honor of Ivor Leclerc*, New York, State University of New York, 1993, pp. 98-110.

originario sin el cual el universo desde su mismo origen no podría haberse desarrollado tal cual fácticamente lo ha hecho, no implica necesariamente tener que presuponer también el conjunto de nociones especulativas propias de la metafísica del autor. Me refiero, en particular, a la hipótesis que afirma la realidad subsistente de los objetos eternos y a la idea de Dios como un ente singular e igualmente eterno. Finalmente espero también poder mostrar en qué medida, incluso la noción estricta de creatividad requerida por las cosmologías actuales, sin afirmar el Dios de Whitehead ni ningún otro, guarda igualmente un último sesgo religioso.

Si nuestro objetivo final es mostrar la legitimidad de la presuposición del concepto filosófico de creatividad por las cosmologías actuales, será necesario, ante todo y como afirmábamos más arriba, fundamentar la legitimidad del método filosófico-especulativo a través del cual el propio Whitehead accede a dicha noción.

1. EL MÉTODO SISTEMÁTICO ESPECULATIVO COMO GENERALIZACIÓN DESCRIPTIVA.

El problema metodológico que enfrenta toda metafísica especulativa podría ser sintetizado de este modo: ¿qué es lo que garantiza que su sistema conceptual no sea arbitrario, sino que esté referido a la realidad efectiva, en el doble sentido de surgir de ella y de poder explicarla? Pues bien, en el caso de Whitehead, ni la perspectiva sistemática resulta de la imposición de una teoría a la realidad, ni la noción de especulación es sinónima de arbitrariedad. Muy por el contrario, la idea de una filosofía especulativa responde al esfuerzo intelectual denodado “por proyectar un sistema coherente, lógico y necesario de ideas generales, sobre cuya base cada elemento de nuestra experiencia pueda ser interpretado.”(WHITEHEAD, 1978, p.3). Por lo tanto no se trata aquí de adaptar la realidad al sistema que la precede, sino de, *a partir de los datos fenoménicos*, construir un sistema que permita interpretar la experiencia. Por interpretación entiende el filósofo el hecho de que “todo aquello de lo cual nosotros estamos conscientes bajo la forma de vivencia, percepción, volición o pensamiento pueda tener el carácter de un caso particular en un esquema general.” (WHITEHEAD, 1978, p.3). En consecuencia, si Whitehead reanima la forma sistemática y el método especulativo, esto debe ser visto, antes que como una imposición arbitraria de esquemas ideales de pensamiento a la realidad, como el esfuerzo por alcanzar una cierta unificación racional de la diversidad de relaciones y procesos que experimentamos en la

propia realidad efectiva. En este sentido, como afirma con razón Reiner Wiehl, el mencionado esquema de categorías interpretativas de Whitehead puede ser considerado “como un proyecto de las condiciones de posibilidad del análisis crítico de aquella diversidad” (WIEHL, 2000, p. 16). De lo dicho resulta que el procedimiento metodológico de una metafísica especulativa que aspira a formular un esquema de conceptos fundamentales y leyes generales que le permitan interpretar la diversidad de la experiencia como casos particulares de dicho esquema sea una suerte de “generalización descriptiva”. Precisamente en este sentido escribe Whitehead: “El verdadero método de investigación se asemeja al vuelo de un aeroplano. Se eleva desde un piso o base dado por observaciones particulares, vuela a través del fino aire de generalizaciones imaginativas y aterriza luego en nuevas observaciones, que son aguzadas por medio de la interpretación racional.” (1978, p. 5). El símil deja claro, pues, que no se trata aquí de la deducción abstracta de esquemas de ideas; antes bien, la investigación parte siempre de la descripción de observaciones concretas y cruciales. Luego se representa y formula un sistema coherente de conceptos categoriales y leyes cada vez más generales que permita interpretar no sólo aquellas observaciones, sino la diversidad de experiencias posibles. Finalmente se constata la relevancia de tales conceptos y leyes en la medida en que ellos fácticamente explican el conjunto de nuestras experiencias de la realidad. De acuerdo con ello, el esquema de categorías de la metafísica especulativa se ejecuta a lo largo de tres pasos. Primero: la *descripción analítica* de experiencias particulares que resultan cruciales para comprender el modo de ser de lo que es. Segundo: el desarrollo de una *generalización*, esto es, de un esquema de conceptos y leyes, lógico y coherente, que permita interpretar las observaciones realizadas y que pueda ser extendido al conjunto de las realizables. Tercero: la legitimación de la elección de tal esquema a través de nuevas observaciones. Así concebido, el método no admite ninguna premisa dogmática desde la cual debiera deducirse un sistema de pensamiento. La filosofía aspira, por cierto, a encontrar principios necesarios, gracias a los cuales sea posible interpretar y sistematizar el conjunto de la realidad. Pero ello –reitero- no implica arbitrariedad, si el método que rige la búsqueda es, como en el caso de Whitehead, la generalización descriptiva; y si los esquemas a los que se accede por ese método permanecen abiertos, es decir, susceptibles de ser completados y modificados en virtud de las constantemente nuevas

manifestaciones de la realidad fenoménica. Ello precisamente significa valerse de un método que no desatiende la creatividad y dinámica que encontramos en el mundo real.

2. ANTECEDENTES DE LA NOCIÓN DE CREATIVIDAD: MATERIA COMO ACONTECIMIENTO.

Comprender la noción de creatividad en Whitehead significa comprender uno de los conceptos fundamentales de la filosofía del proceso, a saber, que la substancia última de la realidad no es la materia idéntica a sí misma en cada tiempo y lugar del universo, sino los *procesos* que en ella se desarrollan. Dicho de otro modo: la substancia de la naturaleza no está hecha de materia, sino de *acontecimientos*. Whitehead se ha mantenido fiel a esta idea rectora de su pensamiento, ya expresada de modo claro y concreto en sus obras tempranas dedicadas a la filosofía de la naturaleza, particularmente en *An Enquiry Concerning the Principles of natural Knowledge*, que data del año 1919. Allí se establece que la identidad de la materia a lo largo del tiempo y del espacio, característica de la ontología de la sustancia, surge, en última instancia, de nuestra percepción. Toda percepción es un recorte espacial y una fijación temporal del constante proceso de devenir que la naturaleza no deja nunca de ser. En este sentido, las percepciones son una abstracción de lo que está sucediendo y una construcción momentánea del observador. De allí que la representación de la materia en la ontología de la substancia como un principio constantemente idéntico a sí mismo no surja de una propiedad absoluta de la naturaleza, sino de la percepción que de ella tiene un observador determinado (cf. WHITEHEAD, 1919, p. 7).

Según Whitehead la naturaleza en su efectivo darse a un observador es un proceso viviente en ininterrumpido devenir. No es algo que luego deviene, sino que su ser es el devenir: la naturaleza se da como un proceso viviente de constante transformación. El devenir es su substancia. Si se toma en cuenta este fenómeno fundamental, al que debiera atenerse toda ontología, entonces se comprenderá que la representación estática de la materia como una estructura invariable es un concepto científico limitado que no llega a asir la realidad efectiva como devenir. Whitehead ha observado que dicha concepción clásica resulta de la percepción y de la consecuente absolutización de la noción de momento⁴. Una determinada estructura invariable de la materia es percibida como tal en el momento. Pero el momento –como vimos– no es

⁴ “Es evidente que la concepción del momento de tiempo como una entidad última es la fuente de todas las dificultades de explicación.” (WHITEHEAD, 1919, p. 8).

más que una fijación espacio-temporal del devenir *relativo* al observador. Cuando a esta fijación relativa se le otorga valor absoluto y se afirma que lo percibido en el momento es una propiedad esencial de la naturaleza, se obtiene un concepto estático y abstracto de materia, a la que le fue sustraída su devenir temporal. Como afirma Chul Chun, “según Whitehead en el momento no hay nada en absoluto, pues no hay ningún momento que pueda ser considerado esencialmente como propiedad [de la naturaleza].” (2010, p. 89). Es así que tanto en el mundo microscópico como macroscópico los objetos no resultan de “momentos” materiales fijos, sino que están constituidos por acontecimientos. “Un cuerpo aparentemente formado de un continuo de materia casi invariable con sus relaciones geométricas intrínsecas está de hecho compuesto por moléculas agitadas.” (WHITEHEAD, 1919, p. 17). De allí que podamos concluir que la idea de momento aislado, de la que resulta el concepto clásico de materia, es una abstracción operada por la percepción y que “la materia que nosotros vemos no es más que una manifestación del acontecimiento.” (CHUN, 2010, p. 91). Por ello mismo en Whitehead el concepto de acontecimiento reemplaza al de materia como sustancia última de la naturaleza. El tiempo, el espacio y la materia que en ellos pueda ser percibida se configuran a partir de las relaciones entre acontecimientos:

La manera de salir de las perplejidades propias de los datos finales de la ciencia, a través de los cuales la explicación física en última instancia se expresa, radica en expresar los conceptos científicos esenciales de tiempo, espacio y materia como resultantes de relaciones fundamentales entre eventos y del reconocimiento de los caracteres de los eventos. (WHITEHEAD, 1919, p. 8).

La materia no es, pues, sino un estado del acontecimiento dado al observador; y las partículas materiales elementales no son sino “partículas de acontecimientos”.

¿Cuál es la significación de esta concepción de la materia para la comprensión de la noción de creatividad? A mi modo de ver dicha significación es fundamental y radica en la inversión de la perspectiva tradicional de *comprensión del ser* mismo de la naturaleza. Ya no es la materia ni la sustancia, que existe en sí y por sí, aquello esencial que, en virtud de sus transformaciones accidentales, produce ciertos objetos y acontecimientos que constituyen la naturaleza, sino que es la *producción* de acontecimientos aquello esencial que configura las sustancias y la materia misma de la naturaleza; las que ahora pasan a ser comprendidas como un estado del acontecimiento referido al observador que lo experimenta. Ahora bien, afirmar tal inversión implica afirmar que la esencia de la naturaleza es creatividad, pues la creatividad es

precisamente la capacidad de producir el proceso de los acontecimientos. Con razón afirma Chul Chun que “el acontecimiento de la naturaleza es un factor del continuo proceso de efectivización de la realidad en el mundo.”(2010, p. 99). El agente de ese factor es precisamente la creatividad. La naturaleza no es, pues, un conjunto de sustancias, pero tampoco el producto de una entidad sustancial oculta llamada creatividad. La naturaleza es creatividad en obra. Ser creatividad es su sustancia. Esta es, a mi modo de ver, la enseñanza fundamental que se desprende de la concepción de la materia de *An Enquiry*...respecto de la noción de creatividad. Esta idea de creatividad, prefigurada en 1919, adquirirá la plenitud de su significación en sus obras posteriores, en particular en *Process and Reality*.

3. LA NOCIÓN DE CREATIVIDAD.

3.1. CREATIVIDAD Y CONCRESCENCIA. EL PRINCIPIO ONTOLÓGICO, DE RELATIVIDAD Y SUBJETIVIDAD.

El carácter constantemente cambiante de los estados de la realidad descritos por las ciencias naturales llevaron a Whitehead a separarse tajantemente de uno de los conceptos fundamentales de la metafísica tradicional: el de prevalencia de la subsistencia del ser como principio originario del universo por sobre la mutabilidad de sus figuras. Sólo la ruptura con esta categoría posibilita, para el autor, captar la “procesualidad” como característica esencial de la realidad que se está dando efectivamente. Esta realidad procesual consiste, en última instancia, en lo que Whitehead llama “entidades actuales”. Ellas son no las cosas, sino los hechos o, mejor aún, las ocasiones o acontecimientos (*occasions*) últimos a través de los cuales la realidad aparece. Ellas son procesos finitos que constituyen las unidades últimas de la realidad y sintetizan todo lo que es. En efecto, lo que está siendo y lo que alguna vez llegó o llegará a ser efectivo es el resultado de una convergencia de entidades actuales (procesos que efectivamente ocurren). Así, por ejemplo, en el caso de los objetos del macrocosmos, con los que nos relacionamos habitualmente, se trata de una asociación o nexo de entidades actuales interrelacionadas. De este modo, como observa T. Müller, “Whitehead defiende una ontología unívoca, pues todo lo que efectivamente es, desde el ser más trivial hasta Dios, es una entidad actual” (2009, p. 47.). Así como para Aristóteles todo lo que es se refiere a una sustancia en la que se fundan los accidentes,

para el principio ontológico que rige la filosofía del proceso todo lo que es tiene su fundamento en entidades actuales. “Este principio ontológico refiere que las entidades actuales son los únicos fundamentos, por ello la búsqueda de un fundamento es siempre la búsqueda de una o varias entidades actuales”. (WHITEHEAD, 1978, p. 24).

El *principio ontológico*, arriba formulado, se especifica y complementa con un *principio de relatividad*, que, en el contexto de *Proceso y realidad*, funciona como un principio de relacionalidad dinámica; el cual garantiza precisamente el carácter procesual de la realidad y evita que el principio ontológico desemboque en una forma de monismo. Whitehead lo formula en los siguientes términos: Solo puede haber evidencia de un mundo de entidades actuales, si él se revela para la entidad actual inmediata posterior como esencial para su propia constitución. (WHITEHEAD, 1978, p. 145).

Según el principio ontológico todo lo que se da es una entidad actual, por lo tanto cada entidad actual tiene que revelarse al análisis como estando fundada, de modo eficiente o final, en otras entidades actuales. Según el de relatividad la entidad actual analizada se convierte, a su vez, en potencial causa eficiente o final a disposición de la composición de nuevas entidades actuales en devenir. Este constante proceso de génesis de entidades nuevas a partir de la captación de las entidades actuales efectivamente existentes le confiere al universo una estructura *orgánica*. En efecto, cada entidad actual del universo, como cada célula de un organismo vivo, constituye un potencial para nuevas entidades en evolución, en la medida en que la recombinación de las características esenciales de las entidades actuales presentes genera nuevas entidades actuales a las que tales características les son traspasadas. De modo tal que, como en un organismo, todas las entidades están unidas por un tejido o trama de relaciones constitutivas. Por ello mismo la filosofía del proceso se comprende a sí misma como una “filosofía del organismo”. Y como todo aquello que es capaz de combinarse y, gracias a la combinación, generar nuevas entidades está vivo, como vivo lo está un organismo, podría decirse también que la filosofía del proceso es una filosofía de la vida. Desde este peculiar punto de vista la vida no es propiedad de los seres orgánicos, sino que tanto ella como la organicidad son la característica esencial del universo todo. Este carácter vital universal se manifiesta en un tercer principio: el de subjetividad. El filósofo lo enuncia en los siguientes términos:

El modo en que una entidad actual es cualificada por otras entidades actuales es la ‘experiencia’ que esta entidad actual como sujeto hace del mundo real. El principio de subjetividad dice que el conjunto del universo consiste de elementos, que son descubiertos por el análisis en la experiencia de sujetos. (WHITEHEAD, 1978, p. 166).

La subjetividad, entonces, no es exclusiva de los seres conscientes, que sólo constituyen una forma superior del fenómeno, sino que es propia de todas las entidades actuales, en cuanto ellas son capaces de “hacer una experiencia subjetiva”, es decir, de captar otras entidades actuales, de modo tal que por obra de este proceso de captación de las características de las otras entidades, determinan por sí mismas su propio ser. Este proceso de captación de otras entidades actuales dadas realizado por la entidad actual en conformación y determinación lo llama Whitehead “prehensión”. Observa el autor que cada proceso de prehensión se compone de tres aspectos. Por un lado el sujeto o entidad actual en quien acontece la prehensión y que capta los datos que les ofrecen potencialmente para su constitución las otras entidades actuales dadas. Por otro, el dato captado. Y, finalmente, la forma subjetiva que establece *cómo* el sujeto capta los datos. La determinación de este último aspecto será esencial para comprender nuestro concepto estricto de creatividad. Valga de momento con atender al hecho de que el modo de la prehensión y los datos “prehendidos” no resultan arbitrarios, sino regidos por el intento de realizar una forma. Cuando la entidad actual emergente ha realizado del mejor modo viable su forma y llega a su “satis-facción”, es decir, a la máxima determinación posible a la que puede aspirar captando los datos de los que dispone, pierde su subjetividad, esto es, su capacidad de hacer más experiencias subjetivas o prehensiones. Con ello culmina el proceso de autorrealización y concreción de la entidad actual. Desde ese mismo momento dicha entidad actual satisfecha cesa de ser un sujeto-experimentante para pasar a ser un sujeto-*superiecto* (“*superjectum*”), es decir, un dato que va más allá de o sobre (*super*) su subjetividad y que es arrojado (*jectum*) hacia adelante como un potencial elemento constituyente ofrecido a nuevas vinculaciones; las que, por su parte, cuando se concreten, darán origen a futuras entidades actuales subjetivas. Todo sujeto está destinado, pues, en cuanto consuma su subjetividad, a ser “superiecto”. Ambos aspectos – el de subjetividad experimentante y superiecta – están indisolublemente ligados en cada entidad actual. “Una entidad actual es a la vez el sujeto experimentante y el superiecto de sus experiencias. (...). ‘Sujeto’ debe ser siempre interpretado como una abreviatura de ‘sujeto-superiecto’.” (WHITEHEAD, 1978, p. 29). Como observa Oroz Ecurra, por este carácter transitorio, que es inherente a cada entidad actual en tanto “sujeto-superiecto”, Whitehead las

denomina ocasiones actuales (*actuals occasions*); “o sea algo que acontece ahora mismo, en este momento, pero que debe seguir adelante en busca de nuevas unificaciones.” (OROZ ESCURRA, 1995, p. 59). La creatividad es precisamente aquello que pone en movimiento el proceso de unificación, haciendo que de lo múltiple surja lo uno, que inmediatamente se vuelve uno de los múltiples datos que permitirá el surgimiento de un nuevo uno. La creatividad opera, entonces, como el *factor* que permite pasar de un universo disyuntivo a uno conjuntivo, sin que el proceso termine nunca de agotarse, porque la satisfacción es sólo de la entidad actual y nunca de la creatividad.

Cada uno de los procesos de síntesis que lleva, por medio de prehensiones compatibles, de los múltiples datos objetivos ofrecidos por las entidades actuales como sujetos superiectos a la autodeterminación de una nueva entidad actual es denominado por Whitehead “concrecencia” (*concrecense*). La “concrecencia” mienta, pues, el proceso de devenir sí mismas de las entidades actuales. En función de la concrecencia ellas se “concretan”, esto es, se realizan, determinándose en dirección hacia aquello que ellas en última instancia llegan a ser. El proceso implica la síntesis entre dos polos. Por un lado se halla el polo físico. Con esa expresión se refiere el autor a los influjos causales eficientes de los que se vale la entidad actual emergente para realizarse. Ese polo físico está dado por las entidades actuales satisfechas del mundo circundante que, como sujetos superiectos, conforman los datos a partir de los cuales se configura una nueva entidad actual. En el otro lado de la síntesis encontramos el polo mental, a saber, las formas potenciales que actúan teleológicamente como causa final, en la medida en que la nueva entidad emergente “siente” o experimenta que se trata de formas que pueden llegar a ser realizadas en el proceso subjetivo de su propia autorrealización y autodeterminación. El significado del término “sentir” —esencial para comprender la concrecencia— no queda nunca del todo claro en Whitehead, pero, a mi modo de ver, antes que como un sentimiento consciente, tenemos que entenderlo como el *influjo decisivo de la creatividad*. Este influjo se manifiesta en el hecho de que, en el proceso de concrecencia, de entre los datos potenciales disponibles se atraigan y prevalezcan aquellos *afines* susceptibles de ser integrados y compatibilizados en la configuración de nuevas entidades actuales antes no realizadas y más determinadas. Ciertamente quienes “sienten” la afinidad son las entidades actuales, porque la creatividad no es nada sin las entidades en las que obra. Sin embargo, el hecho de que el curso que toman los procesos

de unificación y compatibilización de prehensiones lleve a que se constituyan entidades cada vez más determinadas y complejas (como lo testimonia la historia entera del universo desde el caos originario hasta el surgimiento de planetas con vida y conciencia como el nuestro) indica que cada entidad no es una mera cosa indiferente, sino que se halla traspasada por un *factor* que la induce a seleccionar espontáneamente⁵ de entre los procesos posibles ofrecidos por las datos de los que se dispone aquellos que apuntan a la realización o creación de formas más determinadas y concretas. Ese factor es, precisamente, la creatividad. Ella alienta en cada entidad como una suerte de *conatus* que se empeña ya no, como en la metafísica clásica, en que cada cosa persista en su ser, sino en generar lo nuevo en una constante búsqueda de realización de formas más determinadas – búsqueda que puede, por supuesto, implicar procesos de desintegración para el surgimiento de nuevos datos necesarios para un futuro proceso de integración.

Ahora bien, el proceso de concrecencia supone para las prehensiones que “ellas deben sentir tanto su dato (...) como la idea de la respectiva entidad actual (en la forma de meta subjetiva), en la que el dato como elemento tiene que ser integrado.”(MÜLLER, 2009, p. 58). Pero la forma ideal que, como “meta subjetiva”, orienta desde un principio teleológicamente el proceso de concrecencia no puede provenir de los datos prehendidos, pues en ellos ella no se halla realizada. Tampoco procede de la entidad actual en devenir, pues, por un lado, la meta subjetiva, precede al proceso de síntesis que origina la entidad actual, y, por otro, se trata de una forma realizable por diferentes entidades actuales. La solución que encuentra Whitehead a este problema es postular un mundo de objetos ideales y a Dios.

3.2. LA CREATIVIDAD, LOS OBJETOS ETERNOS Y DIOS.

Ciertamente las entidades actuales son los últimos y únicos hechos reales, pero, a la vista de Whitehead, resultarían incomprensibles sin la postulación de un orden de objetos o formas intemporales realizables por ellas, puesto que ellos obran como aquella

⁵ En este punto debo disentir con Oroz Escurra cuando afirma que “la filosofía orgánica nos exige una inmolación total a la creatividad trascendente, que todo lo asume, lo conserva y lo eleva; pero lo despoja de su individualidad.” (OROZ ESCURRA, 1995, p. 60). En primer lugar la creatividad no es nada trascendente, sino inmanente de modo esencial a las propias entidades actuales. Si así no lo fuera, esto violaría el principio ontológico. Y segundo en que por la creatividad cada entidad actual no se ve despojada de su individualidad sino impelida o inducida a realizarla. Además, para Whitehead, esta realización no se halla determinada mecánicamente por la creatividad, sino que es cada entidad actual quien espontáneamente se autorrealiza. “Una realidad se realiza a sí misma, y todo lo que se realiza a sí mismo es una realidad.” (WHITEHEAD, 1978, p. 222).

causa final que contiene y coordina en una forma potencial el conjunto de determinaciones a la que aspiran y que pueden compartir como su meta subjetiva distintas entidades actuales. Estas formas, tal cual acabamos de ver, no pueden proceder ni de los datos ni de las entidades que las realizan, por lo que ellas debieran resultar realidades subsistentes de modo ideal sin ser inherentes a una entidad actual determinada. Sin embargo, privadas de su vínculo con las entidades actuales resultan abstractas, pues “un objeto intemporal es siempre una potencialidad para entidades actuales.” (WHITEHEAD, 1978, p. 44). De esta subsistencia potencial de los objetos eternos se deriva el hecho de que la concrecencia se juegue entre los procesos causales eficientes dados por los datos disponibles (polo físico) y el modo cómo se elaboran y procesan esos datos, que se halla orientado por puras potencialidades formales de determinación (polo mental). Y dado que la creatividad que actúa en la concrecencia es inagotable y que, consecuentemente, son infinitos los procesos creativos, “debe haber infinitos objetos eternos que según su esencia como puras posibilidades son atemporales e inmutables, de modo tal que no puede surgir ningún nuevo objeto eterno.” (MÜLLER, 2009, p. 63).

Se plantea, aquí, un problema difícil de eludir. Por un lado, la presunta necesidad de adjudicarle subsistencia real a los objetos eternos lleva a la afirmación de que existen independientemente de las entidades actuales como potencialidades. Pero, por otro lado, el principio ontológico afirma que las entidades actuales son los últimos hechos de la realidad y que todo fundamento debe buscarse en ellas. Ivor Leclerc, uno de los más destacados estudiosos de Whitehead, ha intentado solucionar la cuestión afirmando que los objetos eternos sólo son caracteres de las entidades actuales, pero “no entes reales ellos mismos” (LECLERC, 1956, p. 206). Por ello mismo las entidades actuales prehenden sus determinaciones formales no de los objetos eternos, sino de otras entidades actuales en las que esa forma está realizada.⁶ Esta solución implica, a su vez, otras dos dificultades. En primer lugar, desconoce aquella explícita afirmación de Whitehead que ubica los objetos atemporales entre las categorías de la existencia (cf. WHITEHEAD, 1978, p. 22) y aquella otra que afirma que *son* objetos sentidos

⁶ “Debe notarse que [la entidad actual A. G-M.] A no prehende simplemente el objeto eterno que caracteriza a B, pues ese objeto eterno no puede tener existencia alguna aparte del ente real B, al que ‘informa’o caracteriza. El ente real A prehende o siente al ente real B por mediación de un objeto particular y no puede prehenderlo de otro modo. Cuando A prehende a B, lo que A reactualiza (reenacts) es la forma subjetiva de B y no simplemente un objeto o forma eterna abstracta.” (LECLERC, 1956, p. 207).

conceptualmente y que se mantienen neutrales respecto de las entidades actuales a través de las cuales ingresan al mundo físico (cf. WHITEHEAD, 1978, p. 24. En segundo lugar, no se entiende cómo la concrescencia generaría lo nuevo si las entidades actuales prehenden su forma de otras entidades actuales en las que esa forma ya estaría en acto, limitándose tan sólo a reactualizar lo mismo. Sin embargo, la solución opuesta, representada, por ejemplo, por Tobías Müller, que afirma que “los objetos eternos son comprensibles sin relación alguna a una entidad actual determinada”(MÜLLER, 2009, pp. 61-62), se acerca más a la formulación de Whitehead, sin embargo, de este modo, por un lado pareciera quedar seriamente afectado el principio ontológico, pues no se entiende cuál es la realidad de puras potencialidades. Por otro, es necesario postular infinitas formas, incluso fallidas, sub-determinadas o transitorias, es decir, es preciso postular formas informes y objetos eternos de una forma transitoria para explicar las formas imperfectas y transitorias que se realizan en las entidades actuales. Además, no es del todo convincente la necesidad de postular formas ideales que, como tales, debieran ser idénticas e inmutables, para explicar por qué distintas entidades realizan la misma forma, porque las distintas entidades reales del mundo físico nunca realizan la misma forma de modo absolutamente idéntico, sino que siempre es posible encontrar, aunque más no fuera en la posición, trayectoria o relaciones de cada forma, una cierta diferencia. Finalmente, la necesidad de postular formas infinitas para explicar el infinito proceso creativo, fuerza a postular formas de lo aún informe e inexistente. Con ello, formas independientes de las entidades en las que se realizan (pues estas entidades aún no existen); y esto último, además de altamente especulativo y difícil de justificar con el propio método de Whitehead, es decididamente incompatible con el principio ontológico. La simple interpretación a la que se puede arribar, dejando de lado las soluciones antagónicas de Müller y Leclerc, es que la meta subjetiva del proceso de determinación de las entidades actuales no es una forma determinada, sino *la búsqueda de determinación que a todo traspasa* y que, en última instancia, posibilita la concrescencia y es la *esencia misma de la creatividad*. Por tanto, la forma alcanzada es *producida* por la combinación compatible de los datos; y la combinación de datos compatibles es el resultado de la esencia de la creatividad. Así vistas las cosas, se puede retomar el concepto de creatividad de Whitehead, pero de modo *estricto*, es decir, sin necesidad de suponer un orden de objetos atemporales, cuya interacción con la realidad mutable, procesual y temporal es de muy difícil aclaración.

Precisamente para explicar esta interacción entre los dos órdenes y fundamentar la existencia real de objetos ideales no realizados en ninguna entidad actual Whitehead postula otra realidad diferente de las entidades actuales y de los objetos atemporales: Dios. Los objetos ideales son puras potencialidades que como formas de determinación pueden entrar en el proceso de concreción de una entidad actual. Pero como puras potencialidades no ingresadas en un proceso de concreción no serían nada, si no estuvieran fundadas ontológicamente en algo, ese algo, esa entidad absolutamente actual pero eterna, es Dios.

No es éste el lugar para realizar un análisis detallado de los distintos aspectos que asume la figura de Dios en la filosofía de Whitehead⁷, baste con decir que en su naturaleza originaria o primordial (*primordial nature*) Dios es el fundamento y lugar de subsistencia de los objetos eternos. Ellos no son creados por Él (tampoco por las entidades actuales, precisamente por ello debe considerárselos eternos) pero subsisten orgánicamente estructurados en la naturaleza primordial de la entidad divina. Allí resultan valuados y jerarquizados según grados de relevancia y pertinencia para cada entidad actual, de modo que dichas entidades adopten como metas subjetivas las formas más valiosas⁸ que puedan realizar en su proceso de concreción. Sin embargo, debe quedar claro que quienes sienten esas metas como propias y las realizan por medio de prehensiones compatibles son las propias entidades actuales. Dios no es un demiurgo, sino un mediador que “presenta” o “proporciona” las formas valuadas al proceso de concreción y, de ese modo, vincula la atemporalidad de los objetos eternos como puras potencialidades de realización con la realidad efectiva y temporal de las entidades actuales. Sin esta función mediadora cumplida por Dios “los objetos atemporales, que

⁷ También aquí sería posible listar numerosas obras. Me limitaré a señalar dos relativamente recientes. MÜLLER, Tobias. *Gott-Welt-Kreativität. Eine Analyse der Philosophie A. N. Whitehead*. Paderborn/München/ Wien/ Zürich: Ferdinand Schöningh, 2009, en especial pp. 117-208. El libro contiene una excelente y detallada del concepto y funciones de Dios en la metafísica de Whitehead, como así también una discusión crítica de las distintas interpretaciones que ha suscitado. En nuestro idioma señalar a Garrido-Maturano, Ángel. “El final asistemático del sistema. Introducción a y problemática de la función de Dios en la filosofía de A. N. Whitehead”, *Revista Brasileira de Filosofia da Religião*, Vol. 2., número 2, 2015, pp. 94-116.

⁸ Con la expresión “valores” mienta Whitehead el hecho de que toda determinación de una entidad actual es un logro ontológico en un doble sentido. Por un lado, la realización de la entidad tiene un valor en cuanto efectiviza una figura ontológica, una cierta forma del ser; y tanto mayor es ese valor cuanto más intensamente determinada está esa figura y, consecuentemente, más formas diferentes realizadas de modo convergente contiene esa entidad. Éste es el aspecto “subjetivo” del valor. Por otro, el valor subjetivo es también un valor para las otras entidades actuales, puesto que la entidad que posee el valor puede contribuir como un posible dato formativo para el surgimiento de una nueva entidad. Éste es el aspecto superiectivo del valor. Las entidades actuales realizan distintos valores, sin que necesariamente sean los óptimos que están dados en Dios como formas ideales.

no están realizados en el mundo real, serían relativamente inexistentes para las respectivas concreciones.” (WHITEHEAD, 1978, p. 31).

A mi modo de ver la postulación de la naturaleza primordial de Dios es requerida, en última instancia, por una necesidad sistemática, antes que por la realidad misma. Dios “salva” el principio ontológico, que había quedado amenazado con la postulación de los objetos eternos. Ahora bien, si, de acuerdo con lo que decíamos más arriba, las formas pueden ser consideradas como surgidas de la combinación de los datos operada por la creatividad en los procesos de concreción (tal cual es posible interpretar incluso a partir de ciertos textos esporádicos del propio Whitehead⁹), entonces no es necesario postular los objetos eternos como un orden independiente. En consecuencia, el principio ontológico no queda amenazado y la que sí queda amenazada por la navaja de Ockham es la postulación de Dios. En este sentido Donald Sherburne ya ha observado que la función fundamental de Dios puede ser cumplida por las propias entidades actuales en la medida en que son los datos y, agregaría yo, el modo de vincularlos, lo que va generando y realizando la forma potencial de la entidad actual. Sherburne considera que cada entidad actual tiene una predecesora dominante -un proceso previo del que ella resulta- y que establece, por vía de su influjo causal, “las posibilidades formales de desarrollo para el proceso inmediatamente siguiente” (SHERBURNE, 1971, p. 328). En consecuencia, si las formas ideales realizadas por las entidades actuales pueden pensarse como producidas por el proceso de concreción; si, además, la creatividad en el sistema de Whitehead es independiente de Dios y es el factor que moviliza los procesos concretos; y si, finalmente, en la realidad efectiva las formas ideales están dadas de modo imperfecto en cuanto el proceso de concreción del universo se halla incompleto, entonces no queda claro por qué debe haber un Dios en el que subsistan formas ideales que él no genera y que en ningún estado actual del universo se han realizado consumadamente. Dicho sintéticamente: no se ve por qué no se puede atribuir la tendencia a generar metas subjetivas a una fuerza que, además, como las metas subjetivas efectivamente alcanzadas, no está perfectamente determinada. Esa fuerza es la creatividad, que traspasa la concreción y

⁹ Así, por ejemplo: “Cada actualización incluye la realización de formas que *derivadas* de los *datos fácticos*. Actualización es por lo tanto a la vez la conexión de cualidades como la *forma del conectar*” (WHITEHEAD, 1968, p. 90; cursivas mías). No veo por qué no es posible, de acuerdo con este texto, entender que las formas provienen de los datos fácticos en virtud de la forma de conectarlos. Igualmente más adelante se afirma que “las potencialidades *en* los hechos inmediatos constituyen la fuerza impulsora del proceso.” (WHITEHEAD, 1968, p. 100; cursivas mías).

que, según el propio sistema de Whitehead, tampoco necesita de Dios para actuar. Por lo tanto resulta innecesario postular tanto los objetos eternos cuanto una naturaleza primordial divina y es posible reducir las especulaciones y referir el proceso en que la realidad consiste al “principio de lo nuevo” (WHITEHEAD, 1978, p. 21) que constantemente observamos en el universo: la creatividad. Este es, precisamente, el concepto *estricto* de creatividad. Así comprendida, es decir, restringidas las postulaciones de los objetos eternos y de la naturaleza primordial de Dios y estrictamente referida a las entidades actuales en las que opera, la creatividad se revela como una suposición ineludible para cualquier modelo explicativo del origen del universo.

4. CREATIVIDAD Y ORIGEN DEL UNIVERSO.

No es este el lugar para exponer, ni siquiera de modo divulgativo, el modelo cosmológico standard, del que se valen actualmente las ciencias naturales para dar cuenta del origen del universo. Me limitaré a recordar sintéticamente su idea más básica, ampliamente difundida, poniendo el acento en la estructura formal del método que este modelo presupone, de modo tal que pueda mostrarse la significatividad que para él pueda tener la noción de creatividad.

El modelo standard se basa en las observaciones del desplazamiento al rojo de las ondas de luz provenientes de las galaxias lejanas¹⁰. El mejor modo en que, en el contexto de la teoría de la relatividad y del análisis espectral, ellas pueden ser interpretadas es a través de la suposición de la continua expansión del espacio en el que la luz se transmite, con la consecuente modificación del largo de las ondas. De tales observaciones se deduce la expansión del universo, el alejamiento de las galaxias unas de otras y, por tanto, la dispersión y enfriamiento de la materia. A partir de ellas es igualmente posible concluir, por medio de cálculos retroactivos, los estados anteriores, más concentrados y calientes del universo, hasta llegar a la hipótesis de un estado originario (“la singularidad”) en el que, en una suerte de bolita extremadamente pequeña, estaba concentrada en densidades inimaginables la totalidad de la materia universal. Precisamente la denominada “gran explosión” de esta singularidad dio origen al proceso de acelerada expansión y enfriamiento progresivo de la materia y a la

¹⁰ Para una exposición introductoria y divulgativa del modelo cosmológico standard BÖRNER, Gerhard. *Kosmologie*. Frankfurt A. m.: Fischer, 2004.

posterior configuración de los cuerpos celestes. La física de partículas y la cosmología actual no pueden retrotraerse hasta el punto de determinar lo que ocurría en el momento mismo de la gran explosión, puesto que allí las leyes físicas esenciales no se cumplen (por eso es una singularidad) y el propio tiempo y espacio son impensables. Sin embargo, ella puede calcular retrospectivamente este estado originario a partir del estado actual y remontarse teóricamente a los valores supuestamente imperantes en momentos extremadamente cercanos (incluso un segundo después) de la gran explosión. Desde allí es en principio posible predecir cómo a partir del progresivo enfriamiento y expansión de esta “sopa originaria” de partículas, dotada de una temperatura y una energía inconmensurables, pudieron haberse desarrollado estructuras materiales más complejas hasta llegar a aquellas que constituyen el universo actual. Esta hipótesis de la gran explosión se ha visto reforzada por una segunda observación empírica: el descubrimiento en 1965 de la radiación cósmica de fondo. Como es sabido, se trata de una radiación electromagnética en el ámbito de las microondas que es uniforme e isotrópica en todo el universo. Aunque en un principio fue un descubrimiento casual, a lo largo del tiempo se mostró con buenos fundamentos que podía interpretarse esta radiación como un remanente de los albores del mundo. Según concepciones actuales proviene de 400000 años después de la gran explosión, cuando el universo por primera vez pudo emitir luz sin que los fotones fueran absorbidos de inmediato por la densidad de la materia. Esta interpretación se adecua muy bien a la característica hoy día mensurable de la temperatura de la radiación de fondo, a la que puede asignársele un valor de 2,7 grados Kelvin. La observación y medición de esta radiación ha producido en la cosmología la pérdida de crédito de hipótesis que prescindían de la gran explosión y suponían un universo invariable.

Sin embargo, nuevas observaciones relativas a perturbaciones gravimétricas llevaron a postular una “materia oscura” y una “energía oscura”, cuyos efectos gravitacionales se manifiestan en el cosmos, pero cuya existencia no ha sido observada y cuya naturaleza es aún desconocida. Sobre la base de estas nuevas observaciones y de las consecuencias de ellas extraídas se desarrolló la llamada “teoría de la inflación”, que hoy goza de un importante reconocimiento científico¹¹. En líneas muy generales con ella se alude a que al principio (10^{-35} hasta 10^{-33} segundos después de la gran explosión)

¹¹ Lectores iniciados encontrarán una excelente exposición de la teoría de la inflación en BARTELMANN, Matthias. “Die kosmologische Inflation”. *Physikalische Blätter*, 57/9 (2001), pp. 41-47.

el universo experimentó una fase de extrema expansión en un tiempo inusualmente corto y en un factor casi inimaginable de 10^{29} . La teoría predice modelos de fluctuación de la densidad de la materia que resultan convergentes con las mediciones de la radiación cósmica de fondo y que ofrecen una resolución al problema del horizonte (¿por qué es tan uniforme la repartición de la materia?). Estas nuevas teorías, que, en principio, admiten alternativas al modelo standard de la gran explosión, han puesto de manifiesto lo inseguras y erróneas que pueden ser conclusiones definitivas acerca del origen del universo. Pero, a pesar de todo escepticismo, no deja de ser sorprendente cómo convergen coherentemente hipótesis cosmológicas, leyes naturales y observaciones actuales. Lo determinante aquí, como ha observado Manfred Stöckler en un excelente trabajo, es que “la forma típica en la que se conjugan enunciados observacionales con proposiciones acerca de los estados tempranos del universo es la decisión por la mejor explicación.” (2007, p. 99). Esta decisión responde al siguiente esquema: se dan en el presente una serie de observaciones $O_1, O_2, \dots O_n$. Una cierta hipótesis H_1 , bajo la presuposición de las leyes naturales comprobadas, explica mejor que otras dichas observaciones. Debido a su potencial explicativo tomamos a H_1 por verdadera. La hipótesis continua, empero, siendo especulativa y no el resultado de ninguna (por cierto imposible) observación directa. El bosquejado es un modelo epistemológico que contiene huecos. Explica *qué* ocurrió y, en el mejor de los casos, *cómo* ocurrió, pero no *por qué*. Para una explicación suficiente sería necesario explicar *por qué* la gran explosión y la inflación inmediata ocurrieron y *por qué* ocurrieron de un modo tal que permitieron que, frente a las infinitas variables de caos y de desorden posibles, se impusiera lo menos probable, a saber, el desarrollo de procesos que condujeron a estructuras más complejas, las cuales incluyen la vida y la conciencia. Como afirma Stöckler: “Para una explicación falta la indicación de algo así como una causa, que no puede residir en el futuro [en las observaciones explicadas A G-M]. Del conocimiento del estado posterior se puede retroceder al estado inicial que le pertenece, pero el por qué precisamente ha sido realizada esta rama de las posibilidades que contiene nuestra existencia permanece sin aclarar.” (2007, p. 103). Este “hueco” en los modelos explicativos es el que le concede a la creatividad su potencial significativo.

En efecto, dada la imposibilidad de aducir un *porqué* causal suficiente, o bien suponemos que la rama de posibilidades realizada es producto de la casualidad, lo cual no deja de ser especulativo, o bien suponemos que los procesos del universo se hallan

orientados desde su origen en la singularidad y por su propia índole a la búsqueda de realizar estructuras más complejas o, en la terminología de Whitehead, intensas. La opción por la casualidad tiene la dificultad de que son infinitamente mayores las probabilidades de que el curso de los sucesos hubiera sido otro y de que las estructuras generadas hubieran sido menos intensas y logradas. La segunda opción –sin dejar de ser especulativa– resulta más probable, puesto que adjudica a los *procesos mismos* un carácter creativo –la creatividad– que resulta convergente con el carácter evolutivo advertido en el universo y con las estructuras intensas en él observadas, en especial con la evolución del caos a las combinaciones moleculares inorgánicas, de éstas a las orgánicas y de éstas últimas a formas cada vez más específicas de vida, hasta llegar a la vida consciente, que, por el momento, sólo hemos observado en la Tierra. La creatividad actuaría, pues, como el factor fundamental que explica por qué las condiciones iniciales generaron el universo actualmente observable y por qué los procesos originan constantemente nuevas estructuras que apuntan a mayores grados de complejidad. Ciertamente, desde el punto de vista epistemológico, adjudicar creatividad al universo también es especulativo, pero su postulación es tan legítima como la de cualquier teoría cosmológica, porque responde al mismo esquema epistemológico del que se vale la cosmología: es la hipótesis que mejor explica las observaciones que podemos realizar. Con la ventaja de que, además, da una explicación al porqué los procesos desde el “*Big Bang*” y la “sopa primordial de partículas” condujeron al universo que hoy es nuestro hogar. En este sentido, es legítimo adosar la teoría de la creatividad de Whitehead a los modelos cosmológicos para explicar no el origen del universo, sino por qué desde su origen el universo recorrió el camino de determinación progresiva que ha recorrido. La creatividad resultaría, entonces, coesencial al origen mismo del Universo. La legitimidad de este reconocimiento de la función de la creatividad es tanto mayor cuando, como aquí hemos intentado hacer, la postulación de la noción de Whitehead no implica la postulación de otras entidades metafísicas hipotéticas, como lo son Dios y los objetos eternos, porque la creatividad puede –como hemos argumentado más arriba– cumplir por sí misma la función de permitir la generación de lo nuevo y el surgimiento de estructuras complejas. Esta postulación de la creatividad como propiedad del universo no implica tampoco afirmar que los procesos parciales evolutivo-teleológicos de determinación que en él se advierten y que a ella responden conducen a una consumación final armónica de máxima determinación universal: una suerte de futuro reino de Dios. El reconocimiento del carácter creativo

del universo no supone desde el punto de vista de una teoría cosmológica que los procesos creativos apunten a un fin último consumado, aunque, en principio, tampoco excluye esa idea. Lo cierto es que los datos observables sólo nos legitiman a postular la creatividad restringida a sí misma y a su actividad observable como factor necesario para explicar el desarrollo del universo desde su origen. En mi opinión, esta interpretación de la creatividad, aunque, por supuesto, difiere de una lectura ortodoxa de Whitehead, resulta acorde con el propio método que él exige para sus especulaciones.

¿Significa el intento aquí emprendido extraer de la metafísica del autor todo sentido religioso? ¿Representa el nuestro un intento de volver agnóstico a su sistema especulativo? De ningún modo. Lo divino resulta un residuo irreductible para cualquier comprensión de la creatividad, sin necesidad de interpretar esto divino en el sentido del Dios de Whitehead y de su naturaleza primordial. ¿En qué, pues, radicaría esta divinidad que parece regir la actividad de la creatividad, aún en su concepto estricto? Lo propiamente divino *en* la creatividad, lo que no puede explicarse por ningún por ningún proceso causal de índole determinística, no radica tan sólo en que ella sea el “principio de lo nuevo”, sino el hecho de que en ese constante recomenzar se advierte el *impulso* o *ansia* de realizar del mejor modo formas lo más determinadas e intensas posibles. Este impulso hacia lo mejor, que alienta en los procesos de concrecencia y, consecuentemente, en las entidades actuales, pero que no se deja reducir ni identificar con ninguna de ellas ni permite explicar su porqué (aunque sí su cómo), es lo propiamente divino. Esta divinidad irreductible no es —estrictamente hablando— propia *del* mundo, sino que opera *en* él, en la medida en que la creatividad no es ninguna entidad actual mundana, pero traspasa el dinamismo con que se desarrollan las entidades del mundo¹². Lo divino irreductible, que se testimonia en la misma creatividad sin necesidad de suponer adicionalmente una naturaleza primordial de Dios que piensa formas infinitas, es el impulso que traspasa todo lo que acaece y que lo lleva a constituir formas y orden, en lugar de desconcierto y caos; lo cual, desde un punto de vista probabilístico, hubiera sido mucho más fácil. Ese impulso da testimonio de un

¹² Esta interpretación aquí propuesta se acerca a la lectura teísta pero no platónica de Charles Hartshorne, quien, a pesar de reconocer la diferencia que establece Whitehead entre Dios y creatividad, no la considera definitiva e identifica la creatividad con la propia síntesis creadora a través de la cual la divinidad actúa en el mundo. Escribe Hartshorne: “Whitehead distingue entre Dios y creatividad. Sin embargo, hay un sentido en que aún para él esta distinción no es definitiva. Toda creatividad efectiva es *o bien* una síntesis creadora propia de Dios, *o bien* un dato para su acción sintético-creadora.” (HARTSHORNE, 1972, p. 139).

factor divino, cuya naturaleza última escapa a toda especulación. Él, como bien lo ha visto el propio Whitehead, se manifiesta en el ansia o apetencia (*appetition*) de forma del proceso en que la realidad consiste¹³. De esta divinidad podemos decir, con el propio autor, “que expresa el poder atractivo del ideal y presenta el potencial más allá del hecho inmediato.” (WHITEHEAD, 1968, p. 101). De ella sólo se testimonia su actuar creativo –su creatividad- que concede al proceso histórico nuevas metas y lo orienta constantemente a la realización de estructuras más determinadas. Este reconocimiento de Whitehead de un factor divino operando en el acaecer del ser resulta legítimo, en cuanto testimoniado por el decurso de la realidad misma, y no requiere (pero, en principio, tampoco excluye) especulaciones subsecuentes. En él radica, a mi modo de ver, lo esencial del pensamiento religioso del autor, a quien le debemos haber puesto de manifiesto “el impulso religioso en el mundo que transforma los hechos muertos de la ciencia en el drama viviente de la historia.” (WHITEHEAD, 1968, p. 104).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS.

BARTELMANN, Matthias. “Die kosmologische Inflation”. En: *Physikalische Blätter* 57/9 (2001), pp. 41-47.

BÖRNER, Gerhard. *Kosmologie*. Frankfurt A. m.: Fischer, 2004.

CHUN, Chul. *Kreativität und Relativität der Welt beim frühen Whitehead*. Göttingen: Neukirchener, 2010.

GARRIDO-MATURANO, Ángel. “El final asistemático del sistema. Introducción a y problemática de la función de Dios en la filosofía de A. N. Whitehead”. *Revista Brasileira de Filosofia da Religião*, vol. 2, número 2 (2015), pp. 94-116.

HARTSHORNE, Charles. *Whitehead's Philosophy. Selected Essays, 1935-1970*. Lincoln and London: University of Nebraska Press, 1972.

HARTSHORNE, Charles. “Whitehead's idea of God”. En: Schilpp, Paul (ed.). *The philosophy of Alfred North Whitehead*. La Salle: 1991, pp. 515-559.

HOLL, Hans Günter. “Nachwort des Übersetzers”. En: WHITEHEAD, Alfred North. *Prozeß und Realität. Entwurf einer Kosmologie*. Trad. (alemana) Hans G. Holl. Frankfurt a. M.: Suhrkamp, 1987, pp. 629-652.

JOHNSON, Arthur Henry. *Whitehead's Theory of Reality*. Boston: Dover Publications, 1952.

LECLERC, Yvon. “Whitehead: la transformación del concepto de substancia”. *Convivium. Revista de Filosofía de la Universidad de Barcelona*, número 1, 1956, pp. 181-208.

MÜLLER, Tobias. *Gott-Welt-Kreativität. Eine Analyse der Philosophie A. N. Whitehead*. Paderborn/ München/ Wien/ Zürich: Ferdinand Schöningh, 2009.

¹³ “La forma del proceso (o, en otras palabras, la apetencia) tiene su carácter de los individuos que están envueltos en él.” (WHITEHEAD, 1968, p. 97).

OROZ ESCURRA, Javier. "Función de la creatividad en la filosofía de A. N. Whitehead". *Convivium. Revista de Filosofía de la Universidad de Barcelona*, número 7, 1995, pp. 50-63.

SHERBURNE, Donald. "Whitehead without God". En: BROWN, Delwin; JAMES, Ralph; REEVES, Gene (eds). *Process Philosophy and Christian Thought*. Indianapoli: Bobbs-Merril Co., 1971, pp. 305-328.

STÖCKLER, Manfred. "Urknall und Ordnung des Chaos". En: ANGEHRN, Emil (ed.). *Anfang und Ursprung. Die Frage nach dem Ersten in Philosophie und Wissenschaft*. Berlin/New York: Walter de Gruyter, 2007, pp. 85-107.

VAN DER VEKEN, Jan y CLOOTS, André. "Creativity as general activity". En: BOGAARD, Paul y TREASH, Gordon (eds.). *Metaphysics as Foundation: Essays in Honor of Ivor Leclerc*, New York, State University of New York, 1993, pp. 98-110.

WHITEHEAD, Alfred North. *An Enquiry Concerning the Principles of natural Knowledge*. Cambridge: The University Press, 1919.

WHITEHEAD, Alfred North. *Modes of Thought*. New York, Macmillan Publishing: 1968.

WHITEHEAD, Alfred North. *Process and Reality. An Essay in Cosmology*. New York: Macmillan Publishing Co, 1978.

WIEHL, Reiner. "Einleitung in die Philosophie A. N. Whitehead". En: WHITEHEAD Alfred North. *Abentuer der Ideen*. Traducción (alemana) Eberhard Bubser. Frankfurt a. M.: Suhrkamp, 2000, pp. 7-71.